

Nuestro itinerario de crecimiento

Encuentro de la fraternidad



1. COMPARTIMOS

- ❖ Repasar los *cuatro momentos del Itinerario*: dialogarlos, comprenderlos, interpretarlos...

- ❖ Aspectos del Itinerario propuesto que les gustaría *clarificar o precisar*.

- ❖ Compartir la identificación del *momento que cada uno vive* en su proceso marista?

2. NOS ENRIQUECEMOS

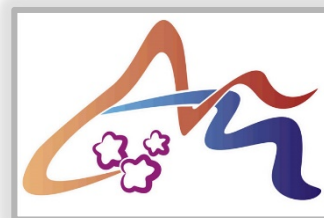
A. CAMINO DE UNA EXPERIENCIA VOCACIONAL LAICAL

Ser Marista Laico, p. 37

La identidad del marista laico viene configurada por un proceso de discernimiento de la posible llamada de Dios a seguir a Jesús al estilo de María, según el carisma de Champagnat (cfr. EMM12). Este camino es un proceso de crecimiento personal, como cristiano y como marista. Un camino de enamoramiento con Dios, vivido como respuesta personal a quien nos ha amado primero. Un camino que se da en el seno de una Iglesia-comunidad, junto con otras muchas personas que viven el mismo carisma, “hemos sido seducidos por el camino cristiano de Marcelino y por la comunidad de los que viven su carisma, y comprendemos que Dios nos invita a formar parte de esta familia” (EMM 153).

Distinguimos entre *proceso* e *itinerario*. El *proceso* hace referencia a la experiencia que vive la persona en su camino de interiorización del carisma y que puede ser una respuesta vocacional. El *itinerario*, en cambio, se refiere a las experiencias de formación que se ofrecen para acompañar el proceso.

En el *proceso* describimos dos grandes momentos que viven las personas en su relación con el carisma: **iniciarse** y **comprometerse**. El primer momento incluye el *descubrimiento* del carisma y el *encuentro* con él, es decir, la profundización en su conocimiento y experiencia. El segundo momento responde al deseo de la persona que, en actitud de discernimiento, busca identificarse con el carisma, vincularse con él, y, hasta la posible pertenencia a una *asociación*, con carácter internacional.



Para acompañar este proceso, se ofrecen pautas, contenidos, experiencias y medios que permiten el diseño de un itinerario formativo en las Unidades Administrativas, adaptados al propio contexto. El itinerario debe caracterizarse por su carácter abierto, integrador, cíclico y flexible, adaptado a la realidad de la persona, con propuestas que le permitan crecer en el camino marista¹. Dichas propuestas surgen en un contexto de acompañamiento, que incluye el caminar con otros que también están viviendo su proceso, y la dimensión comunitaria inherente al ser marista.

Tanto el proceso como el itinerario que vienen descritos recogen la experiencia y la vida de tantos maristas que, con historias y culturas diferentes, comparten la llamada a vivir el carisma desde su vocación laical.

B. CAMINAR EN DISCERNIMIENTO

EL ESPIRITU NOS GUIARÁ
Lola Arrieta

No es cosa nuestra, está claro. Nosotros podemos poner todo de nuestra parte, pero al tiempo hay que confiar en el Espíritu. De ahí la necesidad de caminar en continuo discernimiento.

¹ Cf. Apartado 2. *Diseñar el Itinerario de acuerdo a la propuesta del Instituto*, en este mismo documento, p. 39

“Porque los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Y el Espíritu gime en nuestro interior con gemidos inefables” (Rom 8). “El que busca ya ha encontrado” decía san Agustín cada vez que se paraba a hacer memoria agradecida de su historia.

Quien se encuentra con el Dios vivo –por la acción de su Espíritu- cae en la cuenta de su error: creía ser protagonista de su historia y constata lo equivocado que estaba porque “El Señor estaba ahí, aunque no lo supiera” (Gen 28, 16). Ahí comenzábamos nuestros itinerarios y aquí los terminamos.

El Espíritu es la gran promesa de Jesús a los suyos, a todos nosotros:

- “No os dejaré huérfanos” (Jn 14, 18), os enviaré mi Espíritu. Espíritu de **Presencia**, porque “*está siempre... vive en nosotros*” (Jn 14, 15-17).
Cuando experimentamos la presencia, más que vivir preocupados por sentirlo, descansamos confiados en la certeza de que él está.
- Espíritu de **Memoria**, “*porque El os lo recordará todo*” (Jn 14, 25-26).
Cuando nos sentamos pacientemente a interiorizar y rememorar nuestras historias de vida como historias de salvación, el Espíritu da fuerza a nuestro itinerar para afrontar con alegría y decisión las etapas del camino que aún nos aguardan.
- Espíritu que nos capacita para ser sus **Testigos**. “*El dará testimonio sobre mí y vosotros mismos seréis mis testigos*” (Jn 14, 26-27).
Cuando llegamos a conocer a Jesús, el Hijo, por la acción del Espíritu experimentaremos el placer de anunciarlo, “*gritar desde el terrado lo que nos han contado al oído*” (Mt 10, 26). Así lo hizo la Samaritana, corrió a contar a sus vecinos el sorprendente encuentro que acababa de vivir.
- Espíritu de **Discernimiento**, “*os conviene que yo me vaya porque, si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros. Cuando El venga pondría de manifiesto...*” (Jn 16, 4b-11).
Cuando tratamos de encontrar luz en el Evangelio para preguntarnos cómo actuaría Jesús en el hoy de nuestra historia, se nos da –por gracia- hacer ejercicio de lucidez, de búsqueda, para seguir viviendo en obediencia a las insinuaciones del Padre. Vivir en discernimiento es camino de fidelidad y bienaventuranza.
- Espíritu de Verdad y Vida. “Cuando venga el Espíritu de la verdad, os iluminará para que podáis entender la verdad completa” (Jn 16, 12-15). Y la verdad completa es que nuestro Dios Trinidad es el Dios del Amor.
Cuando el Espíritu guía nuestra vida, no podemos engañarnos. Por su gracia y a su luz tomamos conciencia de que El mismo es “el camino, la verdad y la vida, y nadie va al Padre sino por El” (Jn 14, 6).



C. MIRAR LA VIDA CON LOS OJOS DE DIOS

Manolo Barco

Nuestra vida pertenece a Dios. Estamos llamados a caminar en la dirección el proyecto de Dios para nosotros. Luego, hemos de mirar la vida como Dios la mira. Hemos de abrir el corazón a Dios.

En la lectura teologal de la vida hemos de ir al interior. Pero eso no quiere decir que no nos preocupemos del exterior. Sin el exterior no podemos tener acceso al interior. El interior es un interior vivo, de un hombre concreto y en una situación concreta. Es el de una persona concreta, que piensa, vive, sufre, goza... aunque no tenga conciencia de ello. Pero a esto no se puede acceder sino a través del exterior: un gesto, un rostro, una acción...

Estamos viviendo en un mundo simbólico, en un contexto “sacramental”. Todo lo que existe puede convertirse en medio y signo para expresar la vivencia personal de la propia interioridad y la experiencia íntima del encuentro personal con las cosas, con otras personas, con Dios.

Lo simbólico y sacramental pertenece a dimensiones profundas de la vida humana. Los objetos, los gestos, los acontecimientos... pueden convertirse en sacramentos. Depende del hombre y de su mirada sobre la realidad. El trato y la familiaridad con las cosas las podemos convertir en símbolos o sacramentos de nuestras vivencias y experiencias. Así, las cosas pueden convertirse en realidades que hablan y que comunican mensajes, que evocan situaciones, que comunican una realidad diferente de ellas mismas.

Cuando abordamos las cosas con el pensamiento sacramental, creamos lazos con ellas y las dejamos entrar en nuestra vida. Así se convierten en únicas para nosotros. Y entonces comienzan a hablar, entonces se expresan...



El lenguaje de lo sacramental es narrativo. Lo que pretende es celebrar y contar la historia del encuentro del hombre con las cosas, con las personas, con Dios. Ahí es donde ese lenguaje expresa lo vivido y sentido en el encuentro.

Todo lo que existe es epifanía de Dios. Nuestro Dios es el Dios de la historia. Dios se ha hecho historia. Dios se ha hecho carne humana, y nada queda fuera de este misterio de Dios. Dios que es invisible e inalcanzable en sí mismo, se revela en la naturaleza, en la vida, en la historia, en los hombres.

Nuestro Dios se hace presente en lo profano. Nosotros podemos descubrir a Dios en la vida y en la historia. Esa vida y esa historia es sacramento de Dios. La lectura teologal de la vida es rasgar la intranscendencia de la vida descubriendo en ella al totalmente Trascendente. Esta lectura puede proporcionarnos una cierta, pero profunda, experiencia espiritual y apostólica.

3. NUESTRA ORACIÓN AL SEÑOR

❖ De nuestros orígenes (Enseñanzas Espirituales, p. 175)

Durante la novena preparatoria a la fiesta de Todos los Santos del año 1822, nuestro Padre, para estimular y fomentar la piedad de los Hermanos, tenía cada noche con ellos una conversación sobre el fin y el objeto de esta fiesta. Cierta día en la cena nos dirigió la siguiente pregunta:

- ¿Saben, Hermanos, lo que es un santo? No se trata ahora de un santo de los que están ya con Dios en el cielo, sino de un santo que vive sobre la tierra.

No habiéndolo satisfecho nuestras respuestas, nos dio a todos un día de plazo. Todos estuvimos preocupados discurriendo nuestras respuestas, también para no quedar mal entre los compañeros. Cuando al día siguiente se nos hizo la pregunta, yo –creyendo haberla preparado bien– contesté que un santo, de la tierra, es un hombre que hace milagros.



- “¡Hombre que hace milagros! –repitió con un poco de ironía-. En este caso, su santo patrono, San Juan Bautista, no era santo, porque en su vida no hizo ninguno. Y de la Virgen, nuestra Buena Madre, no nos dice nada a este respecto el Evangelio. Muy pocos santos habría en el cielo, si sólo estuvieran allí los que hicieron milagros aquí en la tierra.

Deseo daros a entender que santo es:

- El hombre piadoso para quien la oración es una necesidad; al que le es imposible prescindir de su unión con Dios.
- El hombre que ama a Jesucristo. “El amor es sello de los elegidos”.
- Santo es el hombre humilde que, lejos de querer dominar a los demás, se hace servidor de todos.
- Y santo es el hombre a quien no le espantan los padecimientos ni las pruebas.

(...)

❖ Compartir: *El testimonio de alguna persona santa que hemos conocido.*

❖ Oración:

Mirar como Cristo

Señor y Padre nuestro,
enséñanos a mirar todo con ojos de fe,
a contemplar las personas,
los acontecimientos y las cosas como Cristo las mira;
a leer y a interpretar todo a la luz de tu Espíritu.

Danos una mirada tan penetrante
que sepa atisbar en la semilla que muere,
en la planta que germina,
en la flor que se abre,
el fruto maduro y en sazón.

Permítenos describir, Señor, en nuestras cruces,
una astilla de la cruz de tu Hijo,
y en el dolor de la muerte
un anticipo del misterio glorioso de tu Pascua.

Que todo cuanto existe, Señor:
el pan y el hambre, el agua y la sed,
la luz y la tiniebla, la compañía y la soledad,
el gozo de la vida y la agonía de la muerte
se conviertan para nosotros
en signos del gran mensaje del evangelio vivo,
del Verbo hecho carne que habita en nosotros
y que nos habla permanentemente a través de la historia.

Que no nos quedemos en la corteza, Señor,
sino que acertemos a vivir desde la Raíz,
que eres tú mismo,
Padre de todo cuanto existe,
nuestro Abba de los cielos.
Amen.

